

hermanos de quienes yo he asesinado las hermanas....! A vosotros padres de quienes he asesinado los hijos.... Y hablando así, el desgraciado, se arrastraba sobre sus rodillas, é iba de uno á otro pidiendo perdón.

Todos respondieron: “; Que Dios te perdone, como nosotros te perdonamos.”

Un hombre solo, viendo al suplicante aproximarse, le ordenó que no llegase. ; Retírate, le gritó, no levantes hácia mí tus manos; veo en ellas la sangre de mi madre y de mi hijo.... ; Jamas, jamas te podré yo perdonar....! Y se desprendió para salir; pero la exaltacion del enfermo le habia vuelto las fuerzas. Agarró el vestido de aquel que queria huir, y reteniéndolo, le dirigió esta plegaria: “Es en nombre de Jesucristo, que os suplico me perdoneis.... ; Oh, yo bien sé todo el mal que os he hecho.... yo sé que merezco vuestro odio, y vuestras maldiciones.... pero imitad á vuestros hermanos.... ellos tambien debian maldecirme; y me han perdonado. El ministro de Dios que veis aquí; ese que me ha enseñado á creer en la divina bondad, tambien debia haber dicho: ; Maldicion! ; maldicion sobre tí.....! Y en lugar de eso, él no ha hecho mas que bendecir en el nombre del Dios que perdona.... ; Pero vos.....! ; Vos no quereis perdonarme.....! ; Pues bien....! Vengaos: hollad con vuestros piés al asesino de vuestra familia: yo merezco sufrirlo.... hème aquí....” Y el pecador, diciendo estas últimas palabras, se dejó caer en tierra y repetia: ; Pisoteadme; estoy á vuestros piés! ; Vengaos!

El sacerdote hizo algunas exhortaciones, á aquel que no queria perdonar. La vista del viejo tendido ante él, pálido y sofocado, como si fuese á morir, acabó de vencerlo. Se inclinó hácia el hombre que le habia inspirado tanto horror, y le dijo: “ Levantaos, os habeis arrepentido, os perdono, y ruego á Dios que os perdone.” A estas palabras, el vandeano se aleja, atraviesa la poblacion, entra en la iglesia, y allí permanece en oracion algunos instantes.

El sacerdote permaneció cerca del enfermo, que tenia necesidad de sus socorros: una escena tan dolorosa habia redoblado su fiebre. Las piadosas mugeres de la poblacion quedaron tambien con el ministro de Jesucristo, y le ayudaron en los cuidados que él impartia al recién convertido.

Como en el cielo, hay siempre mucha alegría entre las mugeres, cuando un gran pecador vuelve á Dios.

LA ESTREMA-UNCION.

“Si alguno de entre vosotros está enfermo, que llame los sacerdotes de la iglesia, y que rueguen por él, le unten de aceite en nombre del Señor; y la oracion de la fé salvará al enfermo; el Señor lo aliviará, y si ha cometido pecados, le serán remitidos.”

Este pasaje del apóstol, explica claramente el rito sensible y la institucion divina, y en fin, la promesa de la gracia; el rito exterior es expresado por la uncion del aceite prescrito por Santiago, y á la cual va unida la plegaria del sacerdote. La institucion divina y la promesa de la gracia están unidas á este rito, y se comprenden por la naturaleza misma del objeto de que se trata, puesto que pertenece á Dios solo conferir la gracia. Pues sus palabras: “y si él está en estado de pecado, sus pecados le serán remitidos.” Demuestran claramente, que la Estrema-Uncion confiere la gracia; y en efecto, los pecados no pueden ser remitidos sin el don de la gracia divina. San Crisóstomo en el cap. 3º de su libro sobre el sacerdocio, dice en términos positivos: no solamente los sacerdotes nos regeneran, sino que, todavía, despues de habernos regenerado, pueden remitirnos nuestros pecados; porque si alguno de vosotros está enfermo, ha dicho el apóstol, que llame á los sacerdotes. Posidonio y San Cirilo de Alejandria (1), se apoyan en la Estrema-Uncion para exhortar á los fieles á recobrar así la salud, y para desviarlos de las supersticiones paganas. En cuanto á la materia de este sacramento, las palabras mismas de Santiago prueban, que es el aceite estraido de los olivos.

(1) En San Agustin, cap. XXXII.

La palabra sola *oleum* basta para hacerlo comprender, sin necesidad de mas explicacion.

Por la tradicion de los apóstoles, llegada de mano en mano, la iglesia ha comprendido que la materia de este sacramento era el aceite bendecido por el obispo (1). En fin, el concilio de Trento nos demuestra, que el efecto de este sacramento, es la gracia del Espíritu Santo. Este efecto real dice el santo concilio, es la gracia del Espíritu Santo, cuya uncion borra los restos del pecado y los pecados mismos, si hay todavía algunos que expiar, alivia y asegura el alma del enfermo, escitando en él una gran confianza en la misericordia de Dios, por medio de la cual se sostiene, y soporta mas fácilmente las incomodidades y los progresos de la enfermedad; resiste con mas seguridad á las tentaciones del demonio, que le dirige sus emboscadas en esta estremidad, y obtiene alguna vez la sanidad del cuerpo, cuando ella es necesaria á la salud del alma. “El catecismo romano dá grandes explicaciones sobre estos efectos de la Estrema Uncion, y el dístico del poeta los contiene en algunas palabras:

Ungor in estremis, ut fiat gratia major,

Et morbus levior, et mea culpa minor.

Hasta este sacramento que viene á cerrar la vida cristiana, hemos marchado en la alegría y las magnificencias. Sobre el sendero que la mano divina ha trazado entre el cielo y la tierra, las misericordias del Altísimo se han desarrollado ante nosotros, trayendo á nuestras almas el perdón, la fuerza y el amor. Hemos tomado al hombre á su entrada en el mundo, sostenido por la mano de Dios; tiempo es ya de interrumpir nuestro curso. Es ahora, presa de todos los sufrimientos, en lucha con la muerte, como los hijos de Adán nos van aparecer; pero aquí, todavía, el espectáculo estará lleno de grandeza, será imponente y digno de toda nuestra atencion.

Aproximémonos sin miedo y sin terror á este lecho de angustias. Las lecciones de la muerte son severas, es cierto, pero están llenas de una majestuosa é indecible grandeza. La muerte, mostrándonos la tierra en que debemos dormir, eleva nuestra alma hácia el cielo, donde debe subir, y nos dice en su mudo lenguaje: *Nolite timere*, no temais, la inmortalidad está del otro lado de la tumba. Y por otra parte, ¿éste pensamiento, esta aproximacion á la otra vida, qué tienen de espantosos para el hombre? ¿Desde su primer paso en el mundo, la inquietud el sufri-

(1) Véase á Marteus: *de los antiguos ritos de la Iglesia*. lib. 1. p. 2. Cap. IV art. 4.

miento, no son su patrimonio? ¿las lágrimas su alimento de cada día? ¿la amargura y los pesares, el estado habitual de su corazón?

La mano de nuestra divina y maternal religion, ha mezclado sus gozes á nuestros llantos, pero no ha secado la fuente. Hija del cielo, ¿no debe dar á sus hijos una dicha perfecta sino en su patria, en su region natal, bien arriba, mucho mas arriba de nuestras miserias!

“El hombre nacido de muger vive poco tiempo, y está lleno de muchas turbaciones; es como una sombra que jamas permanece en un mismo estado.

“La vida es pesada de llevar; la vida está llena de tedio; ella es para el hombre como una guerra continua, y sus dias son como los de un mercenario.

“Como un esclavo suspira cerca de la sombra, y como el jornalero espera el fin de su trabajo, así se pasan en mi vida, mis vacíos y mis noches llenas de trabajo y de dolor.

“Mis dias han sido cernados mas pronto, que lo es el hilo de la tela cortada por el obrero; han discurrido sin dejarme ni una esperanza.” Así suspiraba, así se lamentaba sobre las desdichas de su vida, un hombre que habia probado los gozes y las tristezas, las prosperidades y los infortunios.

Así podian lamentarse y suspirar todos aquellos que han corrido.

¿Y el hombre sin embargo se liga á esta vida! Al solo pensamiento de que algun día se desvanecerá como un sueño lleno de ilusiones, su alma se llena de amargura; se agarra á todas las cosas creadas; quisiera no morir, y retrocede espantado ante la oscuridad de las regiones de la muerte: ¿y de dónde le viene este espanto? ¿No es bajo esta sombra donde encontrará el reposo? Su terror proviene, de que él se acuerda del noble origen de los hijos de la luz; los contratiempos del hombre, no han destruido en él la idea de su grandeza primera; todo en su alma se revela contra la humillante degradacion que la muerte opera. En efecto, Adán habia sido creado para ser glorioso y radiante de dicha, y no para ser la presa de humillaciones estrañas.

“El pecado ha entrado en el mundo, y por el pecado la muerte.” Desde entonces, su imperio se ha ejercido sin descanso, las generaciones han sucedido á las generaciones, los imperios se han desplomado unos sobre otros, las potestades han pasado como las olas del mar, los palacios se han derrumbado, y en la ruina general, solo las tumbas han quedado. No hay momento alguno tan solemne como el de la muerte. Colocado sobre el limite de dos mundos, el hombre vé ante sí la eternidad, y los siglos incontables, la vida humana y sus años fugitivos, como las aguas que se precipitan al abismo. ¡Terrible transicion es aquella!

Sin embargo, el Dios que es la caridad, no ha dejado sin consuelo este día señalado entre todos los días. El hombre que la ha encontrado velando en su cuna, fortificando su adolescencia, otorgando por el perdón la paz á su corazón, la verá todavía inclinada sobre el lecho de su agonía, porque las obras del Señor son perfectas! Ninguna desdicha, ninguna pena se ha escapado á su ternura; él lo ha previsto todo: será entonces como siempre ha sido el Dios de amor y mansedumbre, el Cristo consolador y salvador. Como la madre no falta al recién nacido que amamanta, Dios no faltará tampoco á su criatura.

“¿Cualquiera de entre vosotros está enfermo? Que llame los sacerdotes de la Iglesia, que rueguen por él, le unten de aceite en nombre del Salvador, y la plegaria salvará al enfermo. El Señor le aliviará, y si ha cometido pecados les serán remitidos.” Estas palabras del apóstol Santiago, que son las primeras que he escrito á la cabeza de estas páginas, que consagro al sacramento de la Estrema-Uncion, demuestran toda la bondad de Dios. Ha pensado al mismo tiempo en los sufrimientos de nuestro cuerpo, en el momento en que toda carne tiembla y palpita de espanto.

En presencia del peso aniquilador de sufrimientos que le oprime, y de las angustias que le rodean, ¿quién alejará las penas que consumen al moribundo, sino aquel que está encargado de las enfermedades de todos?

En presencia de estos días pasados en el olvido de los deberes mas santos; en presencia de estos meses, de estos años vacíos de todo bien; al pié de este tribunal, donde la justicia ha vuelto á tomar todos sus derechos, ¿cómo el alma, presa de la inquietud y de los remordimientos recobrará la paz, sin una nueva seguridad de que sus pecados le son remitidos?

Así, la fuerza contra los combates del corazón, alivio para las enfermedades del cuerpo, curacion para las heridas de que el alma puede estar todavía lacerada; tal es el beneficio ofrecido á los hombres en el sacramento de la unción sagrada.

Se encuentra en los cristianos, y al presente son muy numerosos, que la vista de un sacerdote los hace temblar, cuando son presas de las heladas apreturas de la muerte, y quisieran alejarlo de su lecho de dolor. ¡Ah! Si ellos supieran qué suave y eficaz remedio está confiado al sacerdote, cuya presencia los fatiga; si ellos supieran cuántas palabras de vida están en su poder, cuántos consuelos discurren de sus labios; si ellos supieran cuánto la religion cura sus llagas, calma sus inquietudes, disipa sus alarmas; cuánto fortifica contra eso que perturba el alma, víctima de las pasiones de la tierra....

Pero el ciego no comprende nada de los deliciosos gozes de la luz; el hombre, cuyo oído no ha percibido jamás sonido alguno, es del todo extraño al encanto inefable que produce un canto armonioso.

Jamás, sin embargo, es la religion mas tierna, mas consoladora, mas sublime, que en el lecho del moribundo. Allí, llora sobre él como una madre sobre su hijo; allí, lo levanta sobre las miserias y los dolores de acá abajo, como los ángeles que llevan sobre sus alas, y que arrebatan los santos al tercer cielo.

“Si la mayor parte de los cultos antiguos, dice Mr. de Chateaubriand, han consagrado las cenizas de los muertos, ninguno ha soñado en preparar el alma para estas playas desconocidas, de las cuales jamás se vuelve.”

“Antes de Jesucristo, el mundo habia superabundado en miserias, y jamás una palabra de consuelo habia venido á temperar sus excesos; la muerte se habia asentado sobre el universo, y nada templaba el rigor de sus golpes. Era porque la caridad fué ignorada del paganismo. Pero despues que el Verbo se hizo carne, despues que habitó entre nosotros, el hombre ha encontrado una fuerza igual á sus penas: ninguna tribulacion es superior al valor del cristiano; la muerte misma no carece para él de dulzura (1).” “Venid á ver el mas bello espectáculo que puede presentar la tierra, añade todavía el ilustre autor del *Genio del Cristianismo*, venid á ver morir el fiel: este hombre, no es ya el hombre de mundo, ya no pertenece á su país; cesan todas sus relaciones con la sociedad; para él, todo el cálculo del tiempo no data mas que de la grande era de la eternidad. Un sacerdote sentado en su lecho le consuela; este ministro santo departe con el agonizante sobre la inmortalidad del alma; y la escena sublime que la antigüedad no ha presentado mas que una sola vez al morir el primero de sus filósofos, esta escena se renueva cada dia sobre el humilde lecho del modesto cristiano que espira.”

Así, al lado de esta víctima á quien la muerte está pronta á asir como una presa, aparece este ministro del Altísimo, como el ángel encargado de introducir los habitantes de la tierra en la patria bienaventurada. Viéndolo, se recuerda esta palabra tan suave del evangelista muy amado: “Habiendo amado Jesus á los suyos que estaban en el mundo, los ama hasta su fin.”

Contemplemos, pues, de mas cerca esta escena tierna: no detengamos nuestras miradas mas que para hacer correr nuestras lágrimas: frecuentemente son ellas como una lluvia que lava nuestra alma. Sigamos todo lo que pasa, todo eso que hace ver la última luz de la vida.

(1) *Mori cum voluptate debemus, dice Tertuliano. De spect. XXXIII.*

Al rededor de este lecho de muerte, están reunidos todos los miembros de la familia; las lágrimas corren de todos los ojos, la tristeza oprime todos los corazones, una plegaria ardiente se eleva hácia el cielo para implorar sus misericordias. El sacerdote bendice todos estos parientes llorosos, bendice al enfermo, bendice esta casa, sobre la cual la muerte se lanza como un buitre hambriento. El sacerdote suplica al Padre Todopoderoso, al Padre comun de los hombres, que envíe de lo alto de los cielos su ángel, á fin de que venga á ser el protector y consolador de aquellos que están en el sufrimiento.

Dirijidas estas súplicas al Autor de todo bien, el sacerdote de Jesucristo, con su palabra inflamada de la caridad mas viva, dirige al enfermo los consuelos tomados en el corazon de aquel, que fué un hombre de dolores, compendio de todas las amarguras que jamas han podido desolar al mundo.

¡ Oh! ¡ Cuánto es sublime el sacerdote, cuando se coloca á la altura de su mision, en este momento solemne! Todavía una vez el moribundo confiesa, por aquella plegaria, que la Iglesia nos pone tan frecuentemente en los labios, que *él es un pecador*; y despues que se ha humillado así, el ministro, levantando la mano, invoca sobre él los socorros de todas las virtudes celestes, la ayuda de todos los habitantes de la patria bienaventurada; y en fin, señala con la unción sagrada el cuerpo del enfermo, para fortificarle contra las últimas pruebas de la vida. Esta unción se hace sobre los ojos, sobre las orejas, la nariz, la boca, el pecho, las manos y los piés. Una plegaria de perdon acompaña esta unción; y como si el hombre no pudiese salir sino demasiado puro de este mundo, esta oración se repite siete veces, siempre implorando, siempre llamando á Dios y á la eficacia de su sacramento, y la grandeza de sus misericordias.

“Que por esta unción, y su muy piadosa misericordia, el Señor os perdone todas las faltas que habeis podido cometer, por el uso que habeis hecho de vuestra vista.”

“Que por esta unción santa, y su muy piadosa misericordia, el Señor os perdone todas las faltas que habeis podido cometer, no cerrando pronto vuestros oídos á los discursos de los malos.” Y mientras el sacerdote sigue sus patéticas exhortaciones, aquellos que rodean al enfermo, continúan tambien rogando por él, á fin de que su alma pruebe los efectos saludables de este sacramento.

Cuando la religion reina en una familia; cuando todos sus miembros son verdaderos discípulos del Dios crucificado, es un espectáculo grandemente tierno aquel que se presenta á nuestros ojos; las lágrimas que entonces corren son demasiado dulces; la tristeza está llena de esperanzas,

porque la fé es viva en el fondo de estas almas que ruegan, y la resignación á las voluntades de Dios templará la amargura de los dolores. El conocimiento de todo lo que pasa, dá la fuerza á los cristianos prosternados cerca del lecho mortuario, y riegan con sus lágrimas las manos ya frias del padre, del hermano ó del amigo, prontos á abandonar el mundo.

Pero cuando la incredulidad, semejante al viento del desierto, ha sopladado sobre esta casa su aliento que marchita, ¡ oh, entonces esta gran escena no ofrece cosa alguna que no sea dolorosa! El porvenir aparece como una cosa vaga y sin salida; el pasado semeja un fruto desecado y sin sabor; el presente es una cosa sin nombre ni esperanza; la vista del sacerdote nada dice, si acaso no es ya importuna. Lo que pasa entonces, no tiene vibración ni vida. La muerte ha pasado por estas almas y sus estragos han sido desoladores. El ministro del Altísimo, que ha estado allí como un extranjero, acojido con frialdad, sale de aquella casa apoderado de tristeza, la cabeza inclinada, el mirar consternado, como otra vez el ángel del cielo se retiraba de aquellas ciudades que la justicia divina habia condenado.

Yo he visto el justo en lucha con la muerte, y he deseado, que el último de mis dias fuese semejante al suyo; le he visto devorado por los ardores de la enfermedad, consumido como la víctima de un largo sacrificio. Su valor no se debilitaba jamas, su actitud era de calma, su paz sin alteración, su dulzura por su sufrimiento, inalterable; su gratitud hácia aquellos que lo curaban, y que circundaban su lecho de dolores, tan constante como amable. . . . Y he comprendido que el yugo del Señor es dulce, y su peso ligero.

He visto tambien al hombre de mundo, al hombre de placer y de riqueza, en este momento supremo, y he quedado espantado; y entonces he conocido, he maldecido los placeres de la tierra, y me he dicho que era comprar demasiado caro todo lo que el mundo ambiciona, á precio de una muerte sin consuelo.

Nuestros padres no habian podido comprender la muerte sin los socorros espirituales en estos últimos instantes; ellos podian desviarse de la práctica y de los sentimientos de la virtud, pero la indiferencia no habia tenido acceso en su corazon. La fé traía el arrepentimiento; y era muy raro, que una vida señalada por algunas faltas, no fuese al instante purificada por lágrimas amargas. Estaba reservado á nuestro tiempo, espantarse de esto que puede endulzar nuestros males, menospreciar los beneficios de la caridad divina; y despues de esta estúpida impiedad, ¡ nos envanecemos de vivir en un siglo de luz y de progreso! Singular progreso en verdad, aquel que endurece el corazon, arrebatá los consue-

los, mina las esperanzas, y que mostrándole en seguida los goees y los bienes materiales, le grita cuando todo se le ha escapado, como el rey impío de Israel: "Hé aquí tus dioses, hé aquí el objeto de tu dicha, el término de tus deseos."

Otras veces, cuando el ángel de la muerte señalaba alguna víctima, el dolor debió haber sido inconsolable, si la unción santa no venia á endulzar el paso del tiempo á los años eternos.

Un dia, en este siglo incomprensible de nosotros, el momento de la aflicción llegó para una familia ilustre de la católica Irlanda. La noble señora de un afamado castillo cayó enferma, y bien pronto se conoció que Dios le pedia un doloroso sacrificio. Grande y amarga era la aflicción en la feudal morada; porque en estos dias de piadosa creencia, el alma del servidor se identifica con la de su señor: esas altas torres, esos muros indestructibles, eran una muralla que defendia una familia, donde la religion de amor y de caridad, hacia olvidar los rangos, donde no se les recordaba mas que para mostrarle sus deberes. No se hablaba de fraternidad entonces, pero se seguian sus leyes, y esto era mejor. La noble dama, pues, se iba á morir, y sin embargo no habia sido untada con el *aceite de bendición*. En un monasterio vecino se encontraba uno de esos hombres gloriosos, que esta vasta tierra de Erim, de una fecundidad inagotable, puede mostrar con arrogancia en todas las edades; este era Malachías el patriarca de la isla de los Santos; santo él mismo entre todos sus hermanos, hombre venerable, á quien Bernardo, el ángel del Clairvaux amaba como á un padre. Fué noticiado de que el protector de su santa colonia, iba á ser herido en sus afecciones mas tiernas, y que antes de abandonar esta tierra, aquella que el amaba, pedia la presencia del hombre de Dios. ¡Dichosa con morir, si le fuese dado ser bendecida por él en su última hora!

El santo viejo parte sin tardar, la caridad aligera sus pasos. Entra en la morada del *Laird*, semejante al ángel de consuelo. A su aspecto, un estremecimiento de alegría penetra en el corazón de la pobre enferma. La esperanza de vivir sonríe todavía en su pensamiento; nada le parece imposible á aquel que cree en Dios; ¡dulce esperanza! el cielo la ha colocado para velar en nuestra cuna; ella nos adormece á los bordes de la tumba. El aceite santo va á correr, para purificar y fortificar la enferma en su necesidad presente. Pero llega la noche: la presencia del patriarca ha reanimado el espíritu abatido de aquella que tanto habia esperado de él; sus fuerzas son entre tanto superiores á los sufrimientos; no hay que tener prisa, nada impide dejarlo hasta la mañana siguiente. El siervo de Dios se rinde, pues, al deseo que espresa; su mano se estien-

de para bendecir, y se retira acompañado de los religiosos, sus hijos que habian seguido sus pasos.

Pasan algunos instantes. Un ruido confuso se percibe. Los gritos, los gemidos retumban en todo el castillo. La esperanza se ha borrado repentinamente, los hijos lloran una madre; el buen señor vé escaparse la virtuosa compañera de sus dias.....; Ella ha pasado de esta vida á la otra! Menos feliz que el último de sus servidores, ha muerto sin que el aceite de bendición haya acabado de purificar su alma antes de parecer en la presencia del Dios tres veces Santo que ve las manchas hasta en sus ángeles.

El patriarca corre temblando.... Se aproxima.... pero no cabe duda.....; está muerta! Las lágrimas corren de todos los ojos con abundancia: el viejo está poseido de frío, y queda inmóvil y consternado. Ella ha muerto sin la gracia del sacramento, y es á él solo á quien se imputa la falta. Así es casi siempre, los santos se acusan cuando pueden hacer caer la culpa sobre otros. "Señor, esclama, elevando al cielo sus manos estenuadas por la penitencia, Señor, yo os ruego veáis cuál ha sido mi locura en este dia! soy yo, Dios mio, soy yo el culpable, yo, que he consentido en diferir la unción que ayuda á bien morir; no es ella quien ha querido ese retardo, soy yo."

Así se lamentaba, así se acusaba el hombre que la Irlanda y la cristiandad reverenciaban como el amigo de Dios; y aquellos que le rodeaban lloraban amargamente; compadecían su padre, y compadecían la ilustre dama privada de tantas bendiciones. Alguna vez la gracia es como el relámpago, surca la nube, y viene á herir aquel que debe ser el instrumento de un milagro. De repente el viejo se levanta, y en presencia de todos aquellos que podian oírle, esclama. "Yo tomo á Dios por testigo, de que jamás el consuelo entrará en mi alma, que jamás el reposo volverá á mi corazón, si no me es dado volver á nuestra hermana el beneficio de que he sido depositario. ¿Para qué servirán al Señor las gracias que ha puesto en nuestro poder, si nosotros las guardamos como el avaro guarda su oro? ¡Oh, sí! Yo no cesaré de herirme el pecho, de llorar y de ayunar, mientras no me sea permitido volver á nuestra hermana el beneficio de la unción.

Y los gemidos oprimían su pecho, y las lágrimas surcaban sus mejillas; no cesó de llorar sobre aquella á quien su caridad no habia podido socorrer. A cada momento volvía donde estaban los religiosos compañeros de su penitencia y les repetía las palabras del Salvador: "Velad y orad." Los religiosos, dóciles a la voz de su padre, hacían elevar sus votos al cielo, y dirijían á Dios los himnos de lre penitente